

Katy Kelleher



La terrible historia
de las cosas bellas

Ensayos sobre deseo y consumo

Traducción del inglés de Albert Fuentes



ALPHA DECAY

CONTENIDO

Introducción	13
1. El encanto inconstante del espejo <i>Sobre el ver y el ser visto</i>	27
2. La boca llena de pétalos, las venas llenas de cera <i>Sobre el robar, el comer, el rezar y el jugar con flores</i>	43
3. Azules brillantes, cortes malditos <i>Piedras preciosas, piedras relajantes y su majestad el diamante</i>	71
4. Espirales <i>Sobre el antiquísimo atractivo de conchas, perlas y otras maravillas de los moluscos</i>	111
5. Vive rápido, muere guapa <i>Sobre pinturas de guerra, rostros a plomo y la composición del maquillaje</i>	137
6. Sucio, dulce, floral, fétido <i>La pestilente cara oculta de la perfumería</i>	169

7. De mujeres y gusanos	201
<i>El lustre prismático de la seda y su lógica de cuento de hadas</i>	
8. Engaños y condenas	233
<i>El resplandor fundido de las pantallas, la belleza del vidrio policromado y la traición de las lentes</i>	
9. Blanco como el hueso, fino como el papel	251
<i>Sobre platos de porcelana, rostros pálidos y la complicada tarea de poner la mesa</i>	
10. El aliento de la tierra	275
<i>Sobre estatuas de mármol, piedras artificiales, pulmones blancos y pequeños corderos</i>	
Conclusión	303
Agradecimientos	311
Notas	313

INTRODUCCIÓN

Hace años, cuando iba a terapia por una depresión crónica, la doctora me planteó una pregunta sencilla. Acababa de expresar —por enésima vez, seguramente— mi relación ambigua con la supervivencia. No tenía un especial interés en vivir, y ella lo sabía. Pero morir tampoco me interesaba demasiado, así que evitamos la cuestión del suicidio y nos centramos en mi temor existencial general, mi casi incesante estado de decepción con el universo. En esa sesión en concreto, mi terapeuta no muy buena finalmente me hizo una pregunta de peso.

«¿Qué te hace levantarte de la cama si estás tan harta de todo?». Es posible que se expresara con más tacto, pero así es como lo recuerdo. Después de pensarlo un momento, le dije algo que nos sorprendió a ambas: «La belleza —respondí—. Me levanto por la mañana porque espero ver o sostener entre las manos algo que sea bello». La doctora juntó las yemas de los dedos y soltó un «hum». «Qué curioso», dijo.

¿Lo era? Quizá sí. Pero con los años he terminado entendiendo lo importante que es la belleza para mi vida y las vidas de quienes me rodean. La esperanza de encontrarla me hace levantarme de la cama todas las mañanas en lugar de pudrirme bajo las sábanas hasta que me salgan llagas en la espalda.

El deseo de belleza me hace seguir yendo al trabajo para ganar un sueldo que me permita comprar billetes de avión a sitios bonitos, comprar cosas bonitas y apoyar a gente que hace cosas bonitas. El deseo de compartir la belleza me anima a escribir, crear y relacionarme con los demás.

La belleza y la depresión son dos puntos cardinales en mi vida. La belleza da luz a la oscuridad; me da esperanza e imprime una dirección a mis afanes. Pero en la belleza no todo es luminoso. La belleza también es oscura. La belleza es fea. A lo largo de mi búsqueda de la belleza, nunca he encontrado un objeto que no estuviera mancillado por la corrupción de la avaricia humana o ensuciado por la descomposición química que trae consigo el paso del tiempo. No hay cosas puras en este mundo: todo lo que vive causa daño; todo lo que existe se degrada. Sin embargo, somos muchos los que sentimos la atracción de estas cosas bellas y depravadas. Queremos poseer y acariciar las mismas cosas que nos dan miedo.

Esta dinámica de atracción y repulsión es algo que lleva interesándome desde que era una quinceañera emo que leía demasiado a Edgar Allan Poe y me planteaba el suicidio en el porche acristalado de mi madre. Como a muchos de mis colegas porreros, me seducían los aspectos más sórdidos de la cultura musical y estaba no poco obsesionada con la figura del artista trágico, alcoholizado y muerto de hambre. Creía, como muchos adolescentes que se comen la cabeza, que mi sufrimiento me hacía diferente, que mi dolor (y mi obsesión por el dolor) me daba un cierto glamur oscuro. Al hacerme mayor, descubrí que los adultos no soportaban este tipo de posturo morbo, así que opté por llevar de forma más discreta mi lucha permanente con la depresión. Dejé de utilizar la historia de mi familia con el suicidio como alegre tema de conversación

en fiestas y cubrí las cicatrices de mis autolesiones con tatuajes de flores.

Ya veinteañera empecé a trabajar como articulista especializada en diseño de interiores. Me pedían que escribiera sobre cocinas soleadas y encimeras de piedra artificial; el trabajo me gustaba, pero toda esa obsesión por la estética de lo bonito me dejaba un poco vacía (y con la sensación de haberme convertido en un engranaje de la máquina capitalista). En público escribía sobre cosas bellas y sus distintos atractivos, animando a los lectores a invertir su dinero en cerámica artesanal y sábanas de lino con tintes naturales. (Que conste que sigo creyendo que es bonito tener esas cosas.) Pero cuando estaba sola disfrutaba leyendo historias sobre los venenos y la locura, sobre los rituales de sufrimiento y el maltrato animal. Seguía volviendo una y otra vez a la fealdad del mundo. Esa fealdad era seductora y conocida. Solo eran escarceos, lo reconozco, pero también buscaba pruebas de algo que creía cierto. Pensaba que las experiencias estéticas, tanto las positivas como las negativas, eran más fundamentales de lo que nuestra cultura parecía dispuesta a reconocer, que la belleza y la fealdad estaban profundamente entrelazadas, y que nuestras experiencias sensoriales sufrían un lento proceso de erosión y degradación, al ser sustituidas por la realidad virtual y unas representaciones digitales esterilizadas.

Entonces, en 2018, *Longreads* me aceptó la columna que siempre había soñado tener. La titulé «La terrible historia de las cosas bellas», y fue en esos artículos donde encontré finalmente la forma de reunir mis distintos intereses y proyectos favoritos. Empecé a invertir todo mi tiempo libre en hojear libros de historia y recopilar testimonios, dedicando horas a la lectura de ensayos sobre la mezcla de perfumes, las fórmulas de maquillaje vintage y la obsesión de los alemanes con la

porcelana superblanca. Escuchaba programas de radio sobre joyas malditas y visitaba jardines botánicos para echar un vistazo a flores a las que la historia había maltratado. Me informé sobre las vidas calladas y complicadas de los moluscos y sobre la peligrosa tarea de cortar encimeras de cocina. Al investigar sobre esos objetos, me percaté del cuidado que habíamos puesto en correr un velo sobre los crímenes del pasado, el esmero con el que habíamos escondido las pruebas de nuestra fealdad detrás de bellas fachadas y la celeridad con la que olvidamos el dolor de los demás si ello nos permite acumular más placer. Descubrí con asco mi propia autocomplacencia y la maestría con la que había justificado el dolor que estaba causando con mi estilo de vida. Empecé a darme cuenta de hasta qué punto me había dejado lavar el cerebro por años de propaganda consumista, por esos incesantes mensajes que me impelían a comprar más cosas, a ser más guapa, a gastar más dinero. Entendí finalmente que mi deseo por los bienes de consumo era una expresión patológica. Aunque el deseo pueda hacerte sentir bien y conectarte con la vida como ocurre con el sexo, también puede hacerte sentir fatal, ser un recordatorio continuo de tus carencias. De no ser satisfecha, esta ansia puede hacerte anhelar un final, cualquier final.

Me costó años conseguirlo, pero terminé aceptando que el deseo y el asco vienen en pareja y que las bellezas más conmovedoras están entrelazadas con la fealdad. No hay vida sin sufrimiento. No hay forma de vivir sin hacer daño. Y, aun así, no cejamos. Por lo menos yo no lo hago.

Aunque mi estilo de vida cause daño al medio natural, sigue brindándome escenas, sonidos y aromas milagrosos. No sería del todo preciso afirmar que la belleza me ha salvado la vida, porque también hubo otros terapeutas, distintos tipos de

medicación y muchas personas diferentes que contribuyeron a que llegase hasta este punto, en el que ya no sueño con mi muerte. Sin duda, la vida no se limita a lo estético. Aun así, estoy convencida de que la belleza es una parte necesaria de la vida, algo que nos emociona e inspira. Desear la belleza no es un impulso frívolo. La experiencia estética puede inspirar asombro. Puede traer paz. Un encuentro con un objeto hermoso puede cambiar tu forma de pensar, de moverte por el mundo. Puede reforzar la sensación de estar conectado con la materia infinitamente enmarañada del universo y puede ayudarnos a volver a nuestros cuerpos, creando un ancla amarrada al momento presente. Aunque estoy convencida de que tenemos el imperativo moral de cambiar nuestra forma de consumir y experimentar los objetos en el siglo XXI, lo cierto es que no creo que amar la belleza y desear estar más cerca de ella nos convierta en personas malvadas o débiles. Es natural perseguir el subidón que provoca un encuentro con lo bello. Es normal.

También se trata de algo sumamente personal. La belleza ocurre en nuestras mentes; es una experiencia que tenemos cuando ejercitamos nuestros sentidos y nuestras facultades críticas de manera simultánea. Percibimos las cualidades del objeto físico y luego juzgamos que es bello. Por lo general es una sensación agradable. Pero lo que agrada a tus sentidos es distinto de lo que agrada a los míos. Nos gustan aromas, sonidos, colores y texturas distintos. Lo que nos gusta y lo que nos disgusta no es innato. Obedece a la experiencia individual y los valores culturales.

En este libro estudio una serie de objetos que han ardidido en mí con luz cegadora, despertando deseos ávidos y encendiendo una devoción que me ha acompañado siempre. Aunque no soy una persona que se organice bien —mi mesa es una cama

y mi cama es un caos—, este libro sí se rige por un principio organizador. He dispuesto mis cosas bellas según el orden en que empecé a desearlas, desde ese mirarse infantil propio del estadio del espejo a mi obsesión más reciente por los mármoles. Es posible que adviertas la sombra alargada que proyectan mis gustos victorianos sobre este libro, que se debe en parte a la ingente cantidad de nuevos bienes de lujo que han surgido durante estos últimos años, así como al peso cultural que han adquirido los objetos ornamentados, bonitos y hurtados de otras culturas. La gente perdía la cabeza por las orquídeas, se encendía con las piedras malditas, se apasionaba por la porcelana y estaba ebria de sentimientos. No soy victoriana, aunque entiendo por qué, en épocas de cambios sociales acelerados, podemos buscar refugio en el mundo aparentemente sólido de las cosas. Soy una mujer estadounidense de clase media bastante normal, lo que significa que he decorado mi nido con varios cachivaches inútiles y he llenado mi armario de demasiada ropa barata. Como nadie puede escapar a la influencia de la publicidad y las revistas, es muy posible que mis deseos transiten por caminos que te resulten conocidos, aunque también estoy convencida de que cada cual tiene sus propios amores extraños. La belleza que ansío tuvo un despertar discreto y fue creciendo sin parar. Pasé de desear baratijas brillantes a obsesionarme con copas de cristal antiguas y platos de porcelana pintada a mano. Pasé de burlarme de los diamantes a suplicar un destellito para mi mano izquierda.

Nací y crecí en Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XX, y la impronta de dichas circunstancias se deja sentir profundamente en este libro. Durante mi infancia, recogía flores silvestres y coleccionaba piedras que encontraba en el polvoriento patio trasero de mi casa en Nuevo México. Más tarde, cuando me mudé a Massachusetts, peinaba las frías

playas en busca de conchas blancas. Al hacerme mayor, mis bellezas se hicieron más complicadas y, a menudo, más artificiales. Las llevaba más cerca de la piel. Iniciada la adolescencia empecé a trabajar en un supermercado después de clase, donde compraba artículos para embellecer mi cara y mi cuerpo aprovechando mi descuento de empleada. Corría ya la década de los 2000 y era una chica delgada, rubia y deprimida que no comía. Quería parecerme a Kate Moss o Fiona Apple, o quizá incluso a Amy Winehouse. Quería mostrarme frágil y magullada, con los ojos vidriosos de salir de noche. Quería encontrar el perfume que me definiera, crearme un estilo icónico, convertirme en un objeto de deseo que los demás pudieran considerar hermoso. Quería lo que los medios de comunicación me decían que debía querer.

Finalmente, dejé atrás esa fase, aunque sigo llevando maquillaje y perfume, y sigo saliendo de compras a la caza del vestido de seda perfecto, aquel que transformará mi cuerpo imperfecto en la forma etérea de Afrodita. Pero mis deseos más recientes suelen enmarcarse en el dominio de lo doméstico. En el paso de ser una niña, a una adolescente y finalmente una mujer, he terminado valorando la belleza de la vida doméstica y los rituales comunitarios. Las cosas que daba por consabidas de niña, de las que me burlé siendo una adolescente —los platos de porcelana blanca, las encimeras caras, los candelabros de cristal—, ahora me conmueven con un peso abrumador. La pandemia de 2020 me atrapó (a mí y a todo el mundo) en los interiores. Seguí escribiendo artículos sobre interiorismo desde la distancia, viendo reportajes de casas que eran mucho más elegantes que la mía, viendo cómo los ricos preparaban sus niditos. Empecé a sentir una gran envidia, pero también me sentí muy afortunada: por mi seguridad, mi familia, mi refugio. Los platos finos, según pude descubrir, no solo servían

para exponerlos. También servían para reunirse, dar de comer, compartir experiencias. El mármol no solo servía para las esculturas de los museos, también era para las lápidas, para los humildes monumentos a la pérdida inconmensurable de una vida antes de tiempo. Esas piedras suaves daban forma a una pena compartida, pero también apuntaban a algo más profundo. Cada piedra indicaba el lecho rocoso sobre el que se erigía nuestro país, los sistemas de opresión que sostienen nuestras vidas en Estados Unidos en el siglo XXI.

A veces, lo reconozco, estas historias pueden volverse un tanto indigestas. Fábricas nazis y océanos sin vida no son una lectura fácil. Algunos de esos crímenes son cosa del pasado; otros muchos son actuales. La industria global de la moda sigue recurriendo al trabajo infantil para la limpieza de los capullos de seda en tinas llenas de un líquido abrasador, y en este momento, varios jóvenes luchan en Colorado para conseguir tratamiento médico para la silicosis que les ha provocado su trabajo.

No obstante, los objetos no solo pueden ser feos por cómo se fabricaron. Algunas cosas bellas se han empleado con viles propósitos, incluso objetos tan aparentemente inofensivos como las flores o los guijarros. Explicaré de qué forma el vidrio, un material milagroso que me permite ver el mundo con claridad, se usó antaño para convocar espectros etéreos y ululantes para regocijo de públicos de parisinos exquisitos. En el capítulo sobre el maquillaje, revelaré un producto sin el que no podría vivir y analizaré el fenómeno todavía relevante de las «Venus rajadas». La fealdad que se recoge en este libro es en parte literal y en parte simbólica; en algunos aspectos es moral y en otros es política. Parte de la oscuridad es incluso absolutamente mía.